



12 de junio, sin indicación del año

LA HUMILDAD

Queridas hijas:

Quiero hablaros de lo que acabamos de leer sobre la humildad. Yo miro esta virtud como la más necesaria para una vida religiosa, y estoy convencida de que la falta de humildad es la causa de las mayores tentaciones y dificultades.

La humildad es el fundamento más sólido y más necesario de la vida espiritual. Es la base sobre la cual descansa todo el discurso de humildad, pero más bien en ese silencio de la humildad. Callarse sobre uno mismo, no hacer caso de sí, contar en poco, no estimarse y no buscar la estima, no decir nada, no hacer nada para atraer las miradas y la atención, buscar más bien desaparecer y hacerse olvidar. En las cosas pesadas que tocan personalmente, pensar siempre: “No es anda, esto sólo me atañe a mí”. Tener pobres sentimientos de uno mismo, anonadarse delante el Ser de Dios, no ver más que a Él y no buscar más que sus intereses.

Santa Teresa decía que no hay que dejar de mortificarse y de humillarse hasta la muerte. La mortificación corporal tiene gran importancia en la vida del Carmelo. Aquí tenemos más suavidad en ese aspecto, pero debemos ejercitarnos más en la mortificación interior.

Es siempre necesario mortificarse y humillarse, pero quizás todavía más cuando se tiene una cierta edad, treinta, cuarenta años, porque entonces una está más establecida en la vida, el juicio está más establecido. Entonces, sobre todo, no hacer prevalecer sus ideas, sus opiniones, no empeñarse en su propio juicio, no buscar aparentar, sino más bien borrarse y pasar inadvertida.

Es con esta sola condición interior como la vida de Nuestro Señor Jesucristo podrá habitar en nosotras.